

EDITORIAL

La consabida globalización puso hace unas décadas en la Agenda diplomática y política internacional el papel del mercado como motor de la economía y de la vida internacional. Después de transcurrido más de un cuarto de siglo desde la caída del muro de Berlín han cambiado las cosas y no están claros los paradigmas dominantes.

El modelo social europeo ha entrado en crisis, fenómeno que se agudizó con la crisis financiera de 2007-2008, y que produjo una crisis sistémica, tanto en la Unión Europea como en los Estados miembros. Esta crisis se manifiesta en el incremento de la xenofobia y el antisemitismo, así como en los denominados delitos de odio, en el incremento de los partidos políticos extremistas, a izquierda y a derecha, en la puesta en entredicho del modelo socio-político dominante desde la segunda guerra mundial etc..

Los apóstoles de la ideología neoliberal tal vez no pensaban que profundizar en el capitalismo salvaje como fórmula de bienestar es algo que no acaba de salir adelante. Si ponemos la mirada en América estos procesos tienen también consecuencias, algunas distintas a sus manifestaciones en Europa o en otros continentes. Así, por ejemplo, el triunfo de Trump en Estados Unidos es una manifestación del populismo, estilo USA, entre otras cosas. El descrédito de la vieja política para afrontar los nuevos problemas trae nuevos profetas, que sin duda pueden generar nuevos problemas y/o empeorar los existentes. En todo caso, la gente desea cambios, frenar la globalización, la pérdida de seguridad y de puestos de trabajo, la deslocalización de empresas, entre otros fenómenos.

Abordar los efectos nocivos de la globalización no es sencillo, pues produce estas consecuencias, que pueden empeorar la enfermedad. La globalización no ha reducido suficientemente la desigualdad de muchos países, fundamentalmente en América Latina. La globalización está teniendo efectos en los cambios políticos en Europa y en América y las consecuencias que puede tener en los planos nacionales y globales parecen a día de hoy imprevisibles. Hay problemas derivados de la desterritorialización del poder, o del desacoplamiento entre poder y representación, que difícilmente pueden ser solventados desde el modelo de Estado democrático, pues este se ve desbordado. La cooperación internacional y las Instituciones internacionales tampoco parecen una alternativa al Estado. Hay pues, un desajuste entre la incapacidad del Estado de hacer frente a los problemas de la gente, y la falta de una alternativa.

Además, en las últimas décadas se ha visto muy incrementado el papel de las empresas multinacionales, que operan con escaso control. Esto ha traído nuevos problemas frente a los cuales tampoco parece que los Estados o las Instituciones tengan soluciones adecuadas. Las Naciones Unidas han aprobado los Principios Rectores Naciones Unidas, Empresas y derechos humanos, en 2011, que carecen de fuerza obligatoria y que son más bien una guía de buenas prácticas. En América Latina su papel lleva décadas con críticas, a las que en los últimos tiempos se añaden las derivadas de los derechos de los pueblos indígenas o de la protección del medio ambiente; a todo ello debe añadirse que la Comunidad internacional ha identificado unos Objetivos de desarrollo sostenible que los sujetos y actores no toman suficientemente en serio.

Es tal la agenda de objetivos y medidas que plantean los ODS que la Comunidad internacional está en una fase de profusión de mensajes con falta de medidas nítidas y jurídicamente exigibles. Esta nueva técnica de abordar los problemas comunes de la

Humanidad tampoco parece que sea sencillo de hacer. En este sentido Iberoamérica, las Instituciones iberoamericanas y los Estados deberían generar elementos comunes a impulsar en la globalización.

En primer lugar, una globalización humana, que tenga en cuenta la primacía de los derechos humanos y de la política sobre la economía, que conciba la economía al servicio del hombre y no al revés. Y ello con independencia de las ideologías a un lado o a otro es un mensaje que pueden compartir gran parte del arco político. En segundo lugar una globalización sostenible, que no sea contraria a los intereses intergeneracionales y que preserve el medio ambiente, así como que sea socialmente sostenible. En tercer lugar, las globalizaciones tienen que ser un instrumento para la paz, basarse en la cultura de paz, de prevenir los conflictos, lo que exige medidas en muchos planos políticos, económicos, sociales, jurídicos y culturales.

Las Instituciones Iberoamericanas son en el mundo relativamente poco importantes, pero podrían aportar su granito de arena a la construcción de un mundo mejor si se abordan, desde perspectivas políticas diversas, los elementos comunes que desde un humanismo compartido podrían dar lugar a un mundo mejor, que preserve lo mejor que hemos heredado de las generaciones pasadas. Eso sería una buena agenda a construir desde las Instituciones que, hoy creadas, en ocasiones necesitan de sabiduría nueva para abordar viejos problemas, con imaginación y con respuestas novedosas. La mirada a África, a Asia y a otros continentes puede hacerse también desde estas dimensiones que, bien explicadas, también podrían ser compartidas desde modelos culturales, políticos y económicos bien dispares. En definitiva, no debemos olvidar que una economía global que empobrezca a la mayoría de la población no es siquiera rentable para los propios capitalistas. Hasta el capitalismo y la economía de mercado exigen que las sociedades modernas, de mercado, no vivan en la pobreza, sino que sean socialmente sostenibles.